

El paisaje violado¹

En el aniversario del Día Mundial de la Tierra, el 22 de abril, he elegido publicar el artículo del religioso camiliano P. Mario Bizzotto (Rossano Veneto, 26 de diciembre de 1934 - Verona, 16 de enero de 2020) del que se desprende un llamamiento sentido y melancólico de lo que todos hemos perdido y seguimos perdiendo en un mundo violado por el progreso impulsado únicamente por el beneficio.

Mi generación y las anteriores tenemos la suerte de poder recordar el mundo ilustrado por el padre Bizzotto con los colores y olores que puntuaban la sucesión de las estaciones, pero al mismo tiempo tenemos la tristeza de poder pensar que todo esto ya no existe y que las generaciones futuras también se han visto privadas de la posibilidad de un recuerdo de tanta belleza. Somos nosotros, por tanto, los que debemos indignarnos porque somos los depositarios mnemotécnicos de esa belleza y debemos procurar que se transmita a las generaciones futuras de forma que puedan tener la idea de la belleza y de lo que tiene valor en el mundo más allá del factor puramente económico para que sepan lo que deben conservar y proteger porque, como dice el propio autor citando a Dostoewskij, es la belleza la que salvará al mundo.

Los raros momentos en que descubrimos que las cosas son como deben ser, es decir, en armonía con el hombre, nos ofrecen instantes de felicidad y también nos hacen experimentar la belleza. Quien es sensible a todo lo bello se avergonzará de cualquier estrago que devaste la creación.

La destrucción cada vez más agresiva de la tierra es uno de los insultos más ofensivos perpetrados contra la naturaleza. Algunas de las tierras más fértiles son invadidas cada año por el hormigón. Una vez fuera de cultivo, comienza un proceso irreversible. Se destruyen para siempre. Si no se pone freno a esta salvaje invasión de la construcción, habrá consecuencias con daños irreparables.

Hoy en día, la ciudad ya no tiene fronteras. Nuestras antiguas ciudades estaban bien delimitadas con murallas, que las mantenían claramente diferenciadas del campo. Ahora se extienden como un contagio. Se conectan con viviendas a otros centros. El paisaje adquiere el aspecto de un mundo uniforme, al que le falta el campo. Sigue

¹ M. Bizzotto, *I valori e il cuore dell'uomo. Un'incursione nella vita quotidiana*, ed. camilliani.it, Verona 2014, pp.74-77.

habiendo zonas de cultivo, pero están salpicadas de casas, atravesadas por torres de alta tensión, interrumpidas por carreteras. El sentido del campo ha desaparecido.

Las imágenes fueron tomadas de noche desde arriba en la llanura que se extiende desde el noroeste hasta el noreste. El paisaje frente a ellas es un panorama ininterrumpido de luces que sugiere la presencia de una enorme ciudad. ¿Dónde está el campo? ¿Dónde las extensiones cultivadas? **La imagen es un espejo de la degradación ecológica.**

Denuncia la falta de ley y orden con respecto a la naturaleza. Ya no podemos permitirnos despilfarrar la tierra vegetal. Hay un límite que hay que respetar, de lo contrario es la propia naturaleza la que se vuelve contra nosotros y nos devuelve lo que le hemos dado: contaminación del aire, del agua, de los ríos, de los arroyos, de los lagos, a lo que está vinculado el cambio climático.

El empuje hacia el campo

El ciudadano espera las vacaciones para escapar de la ciudad, de sus complicaciones de costumbres, etiquetas, modas, negocios, reuniones y obligaciones. Por fin puede cambiar el ritmo de vida y decir: ¡vámonos al campo! Un propósito más que legítimo. Expresa la aspiración a una mayor libertad. Pero si el campo no existe, sólo se vuelve sobre sí mismo. En el fondo, uno sigue en la ciudad. Se tiene la ilusión de emigrar a otros lugares más tranquilos, se tiene la ilusión de entrar en una vida diferente, más sencilla, más humana. Pero no es así. En "nuestro campo" seguimos encontrando la ciudad con los mismos gustos, las mismas comidas, las mismas costumbres, las mismas herramientas de la tecnología: televisión, radio, coches, motos con sus ruidos ensordecedores. No. El campo hace tiempo que murió. Ya no es el lugar de la soledad, el silencio y la calma.

Todavía se conservan las fiestas y ferias de los pueblos. Se celebran con una invasión de gente que uno no conoce. No tienen nada que ver con las verdaderas fiestas, aquellas que ofrecían la oportunidad de conocer a gente conocida, permitían a la gente encontrarse, conversar y sentirse en comunidad. Incluso los festivales sufren el destino de la degradación: reuniones de gente desconocida, restaurantes abarrotados, movimiento de coches y mucho ruido. El pueblo se está convirtiendo en una reedición de la ciudad. Igual que la ciudad ha perdido sus fronteras y con las fronteras ha perdido parte de sus tradiciones y su identidad.

A uno le lleva al campo una necesidad de vida diferente: más auténtica y humana. Uno se siente atraído por muchas expectativas, que no siempre se cumplen. Uno busca allí lo que le falta en las aglomeraciones densamente pobladas. Uno no quiere encontrarse con escaparates y tiendas que alardean de lo que no tiene, ni tiene la oportunidad de comprar. Uno está más que saturado de encontrarse sólo con hombres

ocupados, gente que pasa pero tiene caras distantes, ausentes. De vez en cuando uno también quiere ver a gente con la que pueda conversar. También es agradable encontrarse con animales, ver plantas y admirar su follaje. Y qué reconfortante sería caminar por senderos solitarios que concilien con la quietud del alma.

El paisaje alterado

Todavía tengo en la memoria un barrio de montaña, un grupo de casas situadas en un marco de picos. Aquellas casas estaban bien situadas y daban una impresión de modestia y gusto rústico. No mostraban nada excesivamente elegante. Eran sencillos edificios de una sola planta. En los alféizares de las ventanas había macetas con geranios y ciclámenes, que armonizaban con el entorno.

No íbamos a hacer una actuación elegante. Habría estado fuera de lugar. Todo era tan sencillo como debía ser en su contexto. No había signos de la pompa que ostentan algunas villas en contraste con la austeridad del entorno montañoso, mostrando más riqueza que buen gusto. Había colores ofensivos, marcos de ventanas de plástico, caminos y parterres demasiado recargados. La naturaleza quiere sencillez, rechaza los artefactos de lujo desvergonzado y ofensivo. Mientras la comarca no sea atacada por grullas o propietarios adinerados y sea respetada en su candor, mientras se mantenga como fue concebida por montañeses limpios, pobres pero dignos, siempre será un ejemplo agradable a la vista del caminante, que se siente acogido y colmado en sus expectativas.

El pueblo era acogedor. Aún mantenía una clara separación del campo. Aquí uno tenía la impresión de encontrarse en un orden original, aún no contaminado por la irreverente agresividad del dinero. Unos cuantos pajares se erguían en los prados cercanos, mostrando la diligente mano del agricultor y presentando al mismo tiempo la imagen de una tradición centenaria.

Al volver allí unos años más tarde, sentí una decepción igual a la alegría que había sentido antes, cuando en la contrada había descubierto el acuerdo ideal entre el hombre y la naturaleza. Los pajares habían desaparecido. Algunos prados habían sido suplantados por nuevas casas y otros se estaban construyendo. La inocencia del paisaje original estaba empañada, el conjunto homogéneo de casas ya no existía. Las nuevas casas no se ajustaban al estilo de la época anterior. Con la desaparición del antiguo caserío, una época de líneas medidas y respeto por la naturaleza estaba condenada al ocaso.

Las generaciones futuras no tendrán ni idea de lo que significa vivir en armonía con la naturaleza. Les resultará más congruente con su mentalidad hacer ostentación de riqueza y confort. No sentirán la necesidad de amar no sólo la vivienda, sino también el medio ambiente.

La experiencia de la belleza

En la contemplación de una naturaleza limpia se encuentra la primera y más verdadera experiencia de la belleza. Uno se siente como sorprendido por el encanto. Todo dice: aquí hay que detenerse, aquí se respira paz. Muchos han hablado de la belleza observando que es una armonía de líneas que sorprende y fascina. Por supuesto que no es sólo eso, pero basta con explicarnos la sensación placentera que tenemos cuando entramos en contacto con el rostro original de la creación. No es sólo la belleza lo que nos llega. Lo que es bello está siempre unido a lo que es sano e invita a un compromiso de cuidado y fidelidad frente a los posibles peligros de la descomposición y la contaminación.

Dostoewsky es el autor de un dicho gastado por el uso y, sin embargo, siempre cierto: *es la belleza la que salvará al mundo*. No sólo salva el paisaje, también salva al hombre. Necesita, sin embargo, encontrar el alma gentil capaz de percibir los mensajes de un paisaje: de una puesta de sol, de un prado en flor, de un estanque alpino, de una planta exuberante. Quien se deja sorprender por la llamada de la naturaleza no siempre tendrá satisfacción en las cosas que se ve obligado a encontrar. No podrá evitar que se le estruje el corazón cada vez que vea una grúa izada en medio de un prado. El que es sensible a todas las cosas bellas sentirá vergüenza ante cualquier estrago que devaste el orden original de la creación. Si es cierto que la belleza salvará al mundo, no lo es menos que lo feo y lo sucio lo destruirá. Por tanto, le parecerá correcto rechazarlo aunque sea tan útil como lo es una industria o tan conveniente como lo es una antena. Siempre es algo que consume, arruina y destruye.